

## MANTÓN NEGRO

### I

Espera aquí —le dijo Bandi a D'Andrea—. Voy a prevenirla. Si todavía se obstina, entrarás a la fuerza.

Miopes los dos, hablaban muy cerca, de pie, uno frente al otro. Parecían hermanos, de la misma edad, de la misma compleción: altos, delgados, rígidos, de aquella rigidez angustiosa propia de quien hace todo con escrúpulo excesivo, con meticulosidad. Y era muy raro que, hablando así entre ellos, uno no subiera con el dedo el arco de las gafas sobre la nariz del otro, o le arreglara el nudo de la corbata bajo la barbilla, o bien, no encontrando nada que arreglar, no le tocara los botones de la chaqueta. Por otra parte, hablaban muy poco. Y su tristeza taciturna se manifestaba claramente en la escualidez de sus rostros.

Habían crecido juntos y habían estudiado ayudándose mutuamente hasta la universidad, donde uno se había graduado en Derecho y el otro en Medicina. Separados ahora, durante el día, por las diferentes profesiones, al atardecer todavía daban un paseo, cotidianamente, por la senda a la salida del pueblo.

Se conocían tan profundamente que bastaba una leve señal, una mirada, una palabra, para que uno comprendiera de inmediato el pensamiento del otro. De manera que aquel paseo suyo empezaba siempre con un breve intercambio de frases y proseguía en silencio, como si uno le hubiera dado al otro temas para rumiar un buen rato. Y andaban cabizbajos, como dos caballos cansados; ambos con las manos anudadas tras la espalda. Ninguno de los dos tenía la tentación de ladear ligeramente la cabeza hacia la barandilla de la avenida para disfrutar la vista del vasto campo, situado debajo, con su variedad de cerros, valles y llanos, con el mar al fondo, que se encendía

con los últimos fuegos de la puesta del sol: una vista de tal belleza que parecía increíble que aquellos dos pudieran pasar por delante sin ni siquiera volverse a mirar.

Unos días antes Bandi le había dicho a D'Andrea:

—Eleonora no está bien.

D'Andrea había mirado a su amigo a los ojos y había entendido que la enfermedad de la hermana de él tenía que ser leve:

—¿Quieres que vaya a visitarla?

—Dice que no.

Y ambos, paseando, se habían puesto a pensar, con el ceño fruncido, casi con rencor, en aquella mujer que había sido como su madre y a quien le debían todo.

D'Andrea había perdido a sus padres de joven y había sido acogido en casa de un tío, incapaz de ofrecerle un porvenir sereno. Eleonora Bandi, huérfana también desde los dieciocho y con un hermano menor a su cargo, arreglándose al principio con minuciosa y sabia economía con lo poco que sus padres le habían dejado, y luego trabajando, impartiendo clases de piano y de canto, había podido pagar los estudios del hermano y también los de su inseparable amigo.

Pero como recompensa, solía decirles riendo, me he quedado con toda la carne que os falta a vosotros dos.

Era en verdad una mujerona que nunca terminaba; pero tenía unas facciones muy dulces y el aire sereno de aquellos grandes ángeles de mármol que se ven en las iglesias, con las túnicas como movidas por el viento. Y la mirada de los hermosos ojos negros, que las largas pestañas casi aterciopelaban, y el sonido armonioso de su voz parecían querer atenuar, con un esfuerzo penoso, la impresión de altivez que aquel cuerpo suyo tan grande podía despertar a primera vista, y por ello Eleonora sonreía tristemente.

Tocaba el piano y cantaba, quizás no del todo correctamente, pero con un impulso apasionado. Si no hubiera nacido y crecido entre los prejuicios de aquella pequeña ciudad y no hubiera tenido que cuidar de su hermanito, tal vez se habría atrevido con la vida del teatro. Durante un tiempo su sueño había sido aquel; pero nada más que un sueño. Ya tenía casi cuarenta años. Por otro lado, la consideración de la que disfrutaba en el pueblo por sus dotes

artísticas la compensaba, al menos en parte, por el sueño fracasado. Y la satisfacción de haber realizado en su lugar otro sueño, abriendo el futuro de dos pobres huérfanos con su trabajo, la compensaba por su largo sacrificio personal.

El doctor D'Andrea esperó en la sala un buen rato a que su amigo volviera a llamarle. Aquella sala tan luminosa, aunque con los techos bajos y decorados con muebles ya desgastados, de diseño antiguo, respiraba un aire casi de otros tiempos y parecía llenarse, en la quietud de dos grandes espejos enfrentados, por la inmóvil visión de su antigüedad descolorida. Los viejos retratos de familia colgados en las paredes eran, ahí dentro, los verdaderos y únicos inquilinos. Nuevo era solamente el piano de media cola, el piano de Eleonora, que las figuras representadas en los retratos parecían mirar con enojo.

La larga espera estaba consumiendo su paciencia. El doctor se levantó, caminó hasta el umbral, asomó la cabeza, oyó a alguien que lloraba en una habitación, a través de la puerta cerrada. Entonces avanzó hacia ella y con los nudillos empezó a golpear.

—Entra —le dijo Bandi, abriendo—, no consigo entender por qué se obstina tanto.

—¡Porque no me pasa nada! —gritó Eleonora entre sollozos.

Estaba sentada en un amplio sillón de cuero, vestida de negro como siempre, enorme y pálida, sin variar aquel rostro suyo de niña, que ahora parecía más raro que nunca, o quizás más ambiguo que raro, por un cierto endurecimiento en los ojos que ella sin embargo quería disimular.

—No me pasa nada, os lo aseguro —repitió más calmada—. Por caridad, dejadme en paz: no os preocupéis por mí.

—¡Está bien! —concluyó el hermano, duro y testarudo—. De todas formas, Carlo está aquí. Él dirá lo que tienes.

Y salió de la habitación, cerrando con furia la puerta tras de sí.

Eleonora se puso las manos en el rostro, sollozando violentamente. D'Andrea se quedó mirándola un largo rato, entre fastidiado e incómodo; luego preguntó:

—¿Por qué? ¿Qué le pasa? ¿No puede decírmelo a mí tampoco?

Y, como Eleonora seguía sollozando, se le acercó e intentó apartarle una mano del rostro con fría delicadeza:

—Cálmese, tranquila; hable conmigo; estoy aquí.

Eleonora movió la cabeza; luego, de repente, aferró con sus dos manos la de él, contrajo el rostro, como por un denso espasmo, y gimió:

—¡Carlo! ¡Carlo!

D'Andrea se inclinó sobre ella, con la torpeza característica de su rigidez.

—Dígame...

Entonces ella apoyó la mejilla en su mano y rezó, desesperadamente, en voz baja:

—Haz que muera, Carlo; ayúdame tú: ¡por caridad! No encuentro la manera, me falta coraje, fuerza.

—¿Que muera? —preguntó el joven sonriendo—. ¿Qué dice? ¿Por qué?

—¡Que muera, sí! —siguió ella, ahogándose en sollozos—. Enséñame tú la manera. Tú eres médico. Pon fin a esta agonía, ¡por caridad! Debo morir. No hay otro remedio para mí. Solamente la muerte.

Él la miró fijamente, sorprendido. Ella también levantó los ojos para mirarlo, pero enseguida los volvió a cerrar, contrayendo de nuevo el rostro y encogiéndose, casi tomada por una viva y repentina repugnancia.

—Sí, sí —dijo luego, convencida—. Yo, sí, Carlo: ¡estoy perdida! ¡Perdida!

Instintivamente, D'Andrea retiró la mano, que ella tenía todavía entre las suyas.

—¡Cómo! ¿Qué dice? —balbuceó.

Sin mirarlo, Eleonora se puso un dedo sobre la boca e indicó la puerta.

—¡Si lo supiera! No le digas nada, ¡por piedad! Haz que muera primero; dame, dame algo; lo tomaré como un medicamento, creeré que es un medicamento que tú me das, ¡con tal de que sea ahora mismo! ¡Ah, no tengo el coraje! ¡No tengo el coraje! Desde hace dos meses, sabes, me agito en esta agonía, sin encontrar la fuerza, la manera de que termine. ¿Qué ayuda puedes prestarme tú, Carlo? ¿Qué dices?

—¿Qué ayuda? —preguntó Carlo, todavía perdido en el asombro.

Eleonora extendió las manos otra vez para coger el brazo de él y, mirándolo con ojos suplicantes, añadió:

—Si no quieres hacer que muera, ¿no podrías... de alguna otra manera... salvarme?

D'Andrea, al oír tal propuesta, se acabó de enrocar en su dureza, frunciendo severamente el ceño.

—¡Te lo suplico, Carlo! —insistió ella—. No por mí, no por mí, sino para que Giorgio no se entere. Si crees que yo he hecho algo por vosotros, por ti, ¡ayúdame ahora, sálvame! ¿He de acabar así, después de haber hecho tanto, después de haber sufrido tanto? ¿Así, en esta ignominia, a mi edad? ¡Ah, qué miseria! ¡Qué horror!

—Pero ¿cómo, Eleonora? ¡Usted! ¿Cómo ha pasado? ¿Quién ha sido? —dijo D'Andrea, no encontrando, frente al tremendo dolor de ella, otra pregunta que no fuera esta para satisfacer su curiosidad asombrada.

De nuevo Eleonora indicó la puerta y se cubrió el rostro con las manos:

—¡No me hagas pensar en ello! ¡No puedo ni pensarlo! Así pues, ¿no quieres ahorrarnos, a Giorgio y a mí, esta vergüenza?

—¿Cómo? —preguntó D'Andrea—. ¡Delito! Sería un doble delito. Más bien, dígame: ¿no se podría de otra manera... remediar?

—¡No! —contestó ella, resueltamente, ensombreciéndose—. Basta. He entendido. ¡Déjame! No puedo más...

Abandonó la cabeza sobre el respaldo del sillón, relajó el cuerpo: agotada.

Carlo D'Andrea, con los ojos fijos tras sus espesas lentes de miope, esperó un rato, sin encontrar palabras, sin saber todavía si creer aquella revelación, sin poder imaginar cómo aquella mujer, hasta ahora ejemplo, espejo de virtud y abnegación, había podido caer en la culpa. ¿Era posible? ¿Eleonora Bandi? ¡Pero si de joven había rechazado, por amor al hermano, muchos buenos partidos, algunos más ventajosos que otros! ¿Por qué ahora, ahora que la juventud había decaído...? ¡Ah! A lo mejor por eso...

La miró, y la sospecha, frente a aquel cuerpo tan voluminoso, asumió de repente, a los ojos de Carlo, delgado, un aspecto horriblemente indecente y obsceno.

—Vete, pues —le dijo de pronto, irritada, Eleonora, quien, sin mirarlo, en aquel silencio, sentía sobre sí el horror inerte de la sospecha en los ojos de él—. Ve, ve a decírselo a Giorgio, para que haga de mí lo que quiera. Ve.

D'Andrea salió, casi de manera automática. Ella levantó un poco la cabeza para verlo salir; luego, cuando se cerró la puerta, se dejó caer en la postura anterior.

## II

Después de dos meses de horrible angustia, aquella confesión sobre su estado, inesperadamente, la alivió. Le pareció que lo más duro ya estaba hecho.

Ahora, sin más fuerzas para luchar, para resistir a semejante tortura, se abandonaría así a la suerte, cualquiera que fuese.

¿Su hermano, en breve, entraría y la mataría? Pues bien: ¡mejor así! Ya no tenía derecho a consideración alguna, a compasión alguna. Había hecho, sí, por él y por aquel otro ingrato, más de lo debido; pero después había perdido en un momento el fruto de todas sus buenas acciones.

Apretó los ojos, de nuevo presa de la repugnancia.

En el secreto de su conciencia, hasta se sentía miserablemente responsable de su propio error. Sí, ella, ella que durante tantos años había tenido la fuerza de resistir a los impulsos de la juventud, ella que siempre había acogido en sí sentimientos puros y nobles, ella que había considerado su sacrificio como un deber: en un momento, ¡perdida! ¡Oh, miseria! ¡Miseria!

La única razón que sentía poder aducir en su descarga, ¿qué valor podía tener para el hermano? ¿Podía decirle: «Mira, Giorgio, es posible que haya caído por ti»? Sin embargo, la verdad posiblemente era esa.

Le había hecho de madre, ¿no es cierto?, a aquel hermano. Pues bien: como premio a todas las buenas acciones alegremente prodigadas, como premio al sacrificio de su propia vida, no le había sido concedido ni el placer de vislumbrar una sonrisa, aun leve, de satisfacción en los labios de él y del amigo. Parecía que

ambos tuvieran el alma envenenada de silencio y de aburrimiento, oprimida por una boba angustia. Obtenida la licenciatura, se habían volcado enseguida en el trabajo, como dos bestias; con tal empeño, con tanta saña, que en poco tiempo habían conseguido ser independientes. Ahora, esa prisa por desendeudarse de alguna manera, como si ambos no vieran la hora de hacerlo, la había realmente herido en el corazón. Casi de repente, así, se había hallado sin ningún propósito en la vida. ¿Qué le quedaba por hacer ahora que los dos jóvenes ya no la necesitaban? Había perdido, irremediabilmente, la juventud.

Tampoco con las primeras ganancias profesionales la sonrisa había vuelto a los labios de su hermano. ¿Tal vez aún sentía el peso del sacrificio que ella había hecho por él? ¿Tal vez se sentía vinculado por ese sacrificio para toda la vida, condenado a sacrificar a su vez la propia juventud, la libertad de sus sentimientos, a causa de la hermana? Y había querido hablarle con el corazón en la mano:

—¡No te preocupes por mí, Giorgio! Yo solo quiero verte alegre, contento... ¿entiendes?

Pero él había truncado las palabras en su boca:

—¡Calla, calla! ¿Qué dices? Sé lo que tengo que hacer. Ahora me toca a mí.

—Pero ¿cómo? ¿Así? —hubiera querido gritarle ella, quien sin pensarlo dos veces se había sacrificado con el corazón ligero y una sonrisa siempre en los labios.

Conociendo la obstinación cerrada y dura de él no había insistido. Pero, mientras, sentía que no podía seguir en aquella sofocante tristeza.

Giorgio duplicaba día tras día los beneficios de la profesión; la rodeaba de comodidades; había querido que dejara de impartir clases. En aquel ocio forzado que la abatía, ella había forjado, desafortunadamente, un pensamiento que al principio la había hecho reír:

«¡Si encontrara marido!».

Pero ya tenía treinta y nueve años, y además con aquel cuerpo... ¡oh, por favor!... hubiera tenido que fabricarse expresamente un marido. Sin embargo, hubiera sido el único medio para librarse, a sí misma y al hermano, de aquella agobiante deuda de gratitud.

Casi sin querer, había empezado entonces a cuidarse de manera insólita, asumiendo un aire núbil que nunca antes se había permitido.

Aquellos dos o tres hombres que, tiempo atrás, le habían propuesto matrimonio, ya tenían esposa e hijos. Antes no le importaba; ahora, reflexionando, le provocaba despecho; sentía envidia de tantas amigas suyas que habían conseguido procurarse un estatus.

Solamente ella se había quedado así...

Quizás todavía estaba a tiempo: ¿quién sabe? ¿Su vida siempre activa tenía que cerrarse precisamente así? ¿En aquel vacío? ¿La llama atenta de su espíritu apasionado tenía que apagarse así? ¿En aquella sombra?

Y una pena profunda la había invadido, exacerbada a veces por ciertas premuras que alteraban sus gracias espontáneas, el sonido de sus palabras, de su risa. Se había vuelto mordaz, casi agresiva en las conversaciones. Ella misma se daba cuenta del cambio; en algunos momentos sentía casi odio hacia sí misma, repulsión por aquel cuerpo suyo vigoroso, repugnancia por los deseos insospechados que ahora, de repente, se encendían turbándola profundamente.

El hermano, entre tanto, con los ahorros había adquirido recientemente una finca, donde había hecho construir una bella villa.

Impulsada por él, al principio había ido allí un mes, de vacaciones; luego, pensando que quizás su hermano había comprado aquella finca para librarse de ella de vez en cuando, había decidido retirarse allí para siempre. Así lo dejaría totalmente libre: no lo cargaría más con la pena de su compañía y de su vista; y ella también poco a poco, allí, se quitaría de la cabeza aquella extraña idea de encontrar marido a su edad.

Los primeros días fueron bien y creyó que sería fácil seguir así.

Había adquirido la costumbre de despertarse cada día al amanecer y dar un largo paseo por los campos, parando de vez en cuando, encantada, ora para escuchar, en el silencio atónito de los llanos—donde alguna brizna de hierba cercana se estremecía por la frescura del aire— el canto de los gallos que se llamaban de una era a la otra; ora para admirar unas rocas atigradas con incrustaciones verdes, o el terciopelo del líquen sobre el viejo tronco abigarrado de unos olivos sarracenos.



Ah, allí, tan cercana a la tierra, pronto se construiría otra alma, otra forma de pensar y de sentir; llegaría a ser como la buena esposa del aparcerero que parecía tan contenta de hacerle compañía y que ya le había enseñado tantas cosas del campo, tantas cosas tan sencillas de la vida y que, sin embargo, revelaban un nuevo sentido profundo, insospechado.

El aparcerero, en cambio, era insufrible: se vanagloriaba de tener la mente abierta. Él: había dado la vuelta al mundo; él: había estado en América, ocho años en Benossarie;<sup>1</sup> y no quería que su único hijo, Gerlando, fuera un vil campesino. Desde hacía trece años, por lo tanto, lo mantenía para que estudiara; quería darle «un poco de letra», decía, para luego enviarlo a América, allá, al gran país, donde sin duda haría fortuna.

Gerlando tenía diecinueve años y en trece de estudios apenas había llegado al tercer año de Instituto Técnico. Era un muchacho duro, de una pieza. Aquella fijación de su padre constituía para él un verdadero martirio. Frecuentando a los compañeros del colegio, había cogido, sin querer, cierto aire de ciudad que, no obstante lo volvía más torpe. Mojándolo cada mañana, conseguía peinarse el pelo híspero, haciéndose la raya a un lado; pero luego aquel pelo, reseco, se le enderezaba compacto e hirsuto por aquí y por allá, como si le brotase de la piel del cráneo; un poco más abajo, en la frente, las cejas también mostraban pelos rebeldes; y ya de los labios y la barbilla empezaban a brotar los primeros pelillos de bigotes y barba, como pequeñas matas. ¡Pobre Gerlando! Inspiraba compasión, tan grande, tan duro, tan áspero, con un libro abierto ante él. Su padre tenía que sudar, algunas mañanas, para despertarlo de los sabrosos y profundos sueños de cerdaco saciado y satisfecho, y encaminarlo, aún atontado y bamboleante, con los ojos soñolientos, a la ciudad vecina: a su martirio.

Cuando la señorita llegó al campo, Gerlando consiguió que, bajo el consejo de su madre, persuadiera al padre de que dejara de atormentarlo con esa escuela, ¡con esa escuela, con esa escuela! ¡No la aguantaba más!

---

<sup>1</sup> Deformación de «Buenos Aires» en boca del emigrante inculco. (*Esta y todas las notas son de la traductora.*)

Y de hecho Eleonora había intentado interceder; pero el aparcero: «Ah, no no no no», con todo el respeto, todo el respeto por la señorita; pero también petición de no inmiscuirse. Y entonces ella, un poco por piedad, un poco por reírse, un poco para tener algo que hacer, había empezado a ayudar a aquel pobre muchacho, hasta donde podía.

Cada día después de comer lo recibía con sus libros y sus cuadernos de la escuela. Él subía cohibido y avergonzado, porque se daba cuenta de que la señorita gozaba con su torpeza, con su dureza de mente; ¿pero qué más podía hacer? Su padre lo quería así. Para el estudio, ah, sí: era una bestia, no tenía ningún problema en reconocerlo; pero si se hubiera tratado de derribar un árbol, un buey, ah ¡caramba!... y Gerlando mostraba los brazos forzudos, con sus ojos tiernos y su sonrisa de dientes blancos y fuertes...

Súbitamente, de un día para otro, Eleonora había interrumpido aquellas clases; no había querido volver a verlo; había hecho que le trajeran el piano desde la ciudad y durante muchos días se había encerrado en la villa a tocar, a cantar y a leer con afán. Una noche, en fin, se había dado cuenta de que aquel muchacho, privado de repente de su ayuda, de la compañía que le ofrecía y de las bromas que se concedía con él, se escondía para espiarla, para escucharla cantar o tocar. Y, cediendo a un impulso erróneo, había querido sorprenderlo, abandonando de repente el piano y bajando precipitadamente por la escalera de la villa:

—¿Qué haces ahí?

—Escucho...

—¿Te gusta?

—Mucho, sí señora... Me siento en el paraíso.

Esa declaración la había hecho sonreír; pero, de repente, Gerlando, como azotado en el rostro por aquella risa, se había tirado encima de ella, allí, detrás de la villa, en la oscuridad densa, más allá de la zona de luz que llegaba del balcón abierto arriba.

Así había ocurrido.

Completamente abrumada, no había sabido rechazarlo; se había sentido desfallecer, ya no sabía ni cómo, por aquel ímpetu brutal y se había abandonado, sí, cediendo y sin embargo sin querer hacerlo.

Al día siguiente, había vuelto a la ciudad.

¿Y ahora? ¿Por qué Giorgio no entraba para avergonzarla? Quizás D'Andrea no le había dicho nada aún: tal vez pensaba en cómo salvarla. Pero ¿cómo?

Se tapó el rostro con las manos, para no ver el vacío que se abría ante ella. Aquel vacío estaba también en su interior. Y no había remedio. Solamente la muerte. ¿Cuándo? ¿Cómo?

La puerta, de repente, se abrió. Y en el umbral apareció Giorgio, desfigurado, palidísimo, con el pelo revuelto y los ojos todavía rojos por el llanto. D'Andrea lo sostenía por un brazo.

—Solamente quiero saber una cosa —le dijo a la hermana, a regañadientes, con voz aguda, casi silabeando—: Quiero saber quién ha sido.

Eleonora, con la cabeza baja, la sacudió lentamente y volvió a sollozar.

—Me lo dirás —gritó Bandi, acercándose, retenido por el amigo—. Y, quienquiera que sea, ¡te casarás con él!

—¡Pero no, Giorgio! —gimió entonces ella, inclinando más la cabeza y retorciéndose las manos en el regazo—. ¡No! ¡No es posible! ¡No es posible!

—¿Está casado? —preguntó él, acercándose más aún, con los puños cerrados, terrible.

—No —contestó rápida ella—. ¡Pero no es posible, créeme!

—¿Quién es? —insistió Bandi, completamente agitado, apretándola—. ¿Quién es? ¡Ahora mismo: el nombre!

Percibiendo sobre ella la furia de su hermano, Eleonora se encogió de hombros, apenas intentó levantar la cabeza y gimió bajo los ojos enfurecidos de él:

—No puedo decírtelo...

—¡El nombre, o te mato! —rugió entonces Bandi, levantando un puño sobre la cabeza de ella.

Pero D'Andrea se interpuso y apartó al amigo; luego le dijo severamente:

—Tú vete. Me lo dirá a mí. Ve, ve...

E hizo que saliera, por fuerza, de la habitación.

### III

El hermano fue firme.

En los pocos días necesarios para obtener los documentos para la ceremonia, antes del matrimonio, se ensañó en el escándalo. Para prevenir las befas que esperaba de parte de todos, tomó ferozmente partido por hacer pública su vergüenza, con un lenguaje horriblemente crudo. Parecía que hubiese enloquecido; y todos lo compadecían.

Le tocó, no obstante, combatir un buen rato con el aparcerero, para que consintiera la boda del hijo.

Aunque de mente abierta, el viejo al principio pareció caer de las nubes: no quería creer que algo semejante fuera posible. Luego dijo:

—Señor don, no dude: lo machacaré con mis propios pies; ¿sabe cómo? Como se machacan las uvas. O más bien, hagamos así: se lo entrego, atado de pies y manos y usted, señor, se tomará toda la satisfacción que desea. El látigo para los azotes se lo procuro yo y antes se lo tendré tres días en remojo, para que pegue más duro.

Pero cuando entendió que el dueño no quería esto, sino otra cosa, el matrimonio, quedó pasmado de nuevo:

—¿Cómo? ¿Qué dice usted? ¿Una señorona tal con el hijo de un vil campesino?

Y opuso un neto rechazo.

—Perdóneme. Pero la señorita tenía juicio y edad; conocía el bien y el mal; jamás hubiera tenido que hacer con mi hijo lo que hizo. ¿Tengo que hablar? Se lo llevaba a su casa todos los días. Usted, señor, me entiende... Un muchachote... A su edad no se razona, no se tiene cuidado... ¿Ahora puedo perder así a un hijo, que Dios sabe cuánto me ha costado? La señorita, hablando con respeto, podría ser su madre...

Bandi tuvo que prometer la cesión de la finca como dote y un cheque diario para la hermana.

Así el matrimonio fue establecido; y, cuando tuvo lugar, fue un verdadero evento para aquel pueblito.

Parecía que todos experimentaran un gran placer al demostrar públicamente la pérdida de la admiración y del respeto que durante

muchos años le habían tributado a aquella mujer; como si entre la admiración y el respeto, de los cuales ya no la consideraban digna, y el escarnio con el cual ahora la acompañaban en aquella boda vergonzosa, no pudiera haber lugar para un poco de compasión.

La compasión era toda para el hermano; quien, se entiende, no quiso participar en la ceremonia. Tampoco participó D'Andrea, aduciendo como excusa que tenía que hacer compañía, en aquel día triste, a su pobre Giorgio.

Un anciano médico de la ciudad, que había trabajado para los padres de Eleonora y al cual D'Andrea, recién estrenados sus estudios con todos los humos y las sutilezas de las novísimas terapias, le había quitado gran parte de la clientela, se ofreció para ser testigo y trajo a otro viejo, amigo suyo, como segundo testigo.

Con ellos Eleonora fue al ayuntamiento, en un coche cerrado; luego, a una pequeña iglesia en las afueras para la ceremonia religiosa.

En otro coche estaba el esposo, Gerlando, turbio y gruñón, con sus padres. Estos, vestidos de fiesta, se mostraban altivos, hinchados y serios, porque —al final— su hijo se casaba con una verdadera señora, hermana de un abogado, cuya dote era un campo con una villa magnífica, además de dinero. Gerlando, para hacerse digno de su nuevo estado, seguiría estudiando. La finca estaría a cargo del padre, que entendía del tema. ¿La esposa era un poquito viejita? ¡Mejor así! El heredero ya estaba en camino. Por ley natural ella moriría primero y Gerlando entonces se quedaría libre y sería rico.

Estas y otras consideraciones compartían, en un tercer coche, los testigos del novio, campesinos amigos del padre, en compañía de dos viejos tíos maternos. Los otros parientes y los innumerables amigos del esposo esperaban en la villa, todos vestidos de fiesta: los hombres con trajes de paño azul; las mujeres con capotillos nuevos y pañuelos de los colores más llamativos; ya que el aparcerero, de mente abierta, había preparado un convite realmente espléndido.

En el ayuntamiento, Eleonora, antes de entrar en la sala del registro civil, fue asaltada por un ataque de llanto; el novio, que se había apartado en un corrillo con los parientes, fue exhortado por estos a que acudiera; pero el anciano médico le rogó que no se dejara ver, que se mantuviera lejos, por el momento.

No totalmente recuperada de aquella crisis violenta, Eleonora entró en la sala; se vio al lado de aquel chico, al que la incomodidad y la vergüenza volvían más áspero y torpe; tuvo un impulso de rebelión; estaba a punto de gritar: «¡No! ¡No!», y lo miró como para empujarlo a que lo gritara él también. Pero poco después los dos dijeron sí, como condenados a una pena inevitable. Despachada con prisa la otra función en la iglesia solitaria, el triste séquito se encaminó hacia la villa. Eleonora no quería separarse de los dos viejos amigos; pero por fuerza tuvo que subirse al coche con el esposo y los suegros.

En el camino no intercambiaron ni una palabra.

El aparcerero y su esposa parecían asombrados: levantaban de vez en cuando los ojos para mirar rápidamente a la nuera; luego intercambiaban una mirada y volvían a bajar los ojos. El novio miraba afuera, encogido, disgustado.

En la villa fueron recibidos por una estrepitosa ráfaga de triqui-traques y gritos fiesteros y aplausos. Pero el aspecto y la seriedad de la novia congelaron los ánimos de todos los invitados, por mucho que ella intentara sonreír a aquella buena gente, que a su manera quería honrarla, como se estila en las bodas.

Pronto pidió licencia para retirarse; pero en la puerta de la habitación donde había dormido durante las vacaciones, ante la cama nupcial preparada, se detuvo de repente: —¿Allí? ¿Con él? ¡No! ¡Nunca! ¡Nunca!—. Y, presa de la repugnancia, huyó a otra habitación: se encerró con llave; se dejó caer en una silla, apretando fuerte, fuerte, su rostro con las dos manos.

A través de la puerta le llegaban las voces y las risas de los invitados, que azuzaban a Gerlando al otro lado, alabándole, más que la novia, el buen parentesco que había conseguido y el hermoso campo.

Gerlando estaba asomado al balcón y, en respuesta, lleno de deshonra, levantaba de vez en cuando los hombros poderosos.

Deshonra, sí, sentía deshonra por ser marido de aquella manera, de aquella señora: ¡esto es! Y toda la culpa era de su padre, quien por aquella fijación maldita por la escuela había permitido que la señorita en vacaciones lo tratara como a un muchacho estúpido e inepto, consintiéndole ciertas bromas que lo habían herido. Y estas

eran las consecuencias. El padre no pensaba en nada más que en el hermoso campo. Pero él, ¿cómo viviría, de ahora en adelante, con aquella mujer que le infundía tanto temor y que seguramente estaba resentida con él, por la vergüenza y la deshonra que le había procurado? ¿Cómo se atrevería a mirarla a la cara? ¡Y, además, su padre pretendía que siguiera frecuentando la escuela! ¡Ni se imaginaba la burla de los compañeros! Su esposa tenía veinte años más que él y parecía una montaña, parecía...

Mientras Gerlando se apenaba con estas reflexiones, su padre y su madre se ocupaban de los últimos preparativos del banquete. Por fin los dos entraron triunfantes en la sala, donde la mesa ya estaba puesta. La vajilla había sido prestada para el evento por el dueño de un restaurante del pueblo, que también había enviado un cocinero y dos camareros para que sirvieran la comida.

El aparcero fue a buscar a Gerlando al balcón y le dijo:

—Ve a avisar a tu mujer, en breve estará todo listo.

—¡No voy, no, no! —gruñó Gerlando, pataleando, nervioso—. Vaya usted.

—¡Te toca a ti, so burro! —le gritó su padre—. Tú eres el marido: ¡ve!

Entonces el padre, airado, lo agarró por el cuello de la americana y lo empujó.

—¿Te avergüenzas, animal de bellota? ¿Antes has estado con ella y ahora te avergüenzas? ¡Ve! ¡Es tu mujer!

Los invitados acudieron para poner paz, para persuadir a Gerlando de que fuera.

—¿Qué hay de malo? Le dirás que venga a comer algo...

—¡Pero si ni siquiera sé cómo tengo que llamarla!

Algunos invitados se echaron a reír; otros se apresuraron a sujetar al aparcero, que se había lanzado para abofetear al imbécil de su hijo, que le arruinaba así una fiesta preparada con tanta solemnidad y tanto costo.

—La llamarás por su nombre de bautizo —le decía, entre tanto, despacio y persuasiva su madre—. ¿Cómo se llama? Eleonora, ¿verdad?, pues tú llámala Eleonora. ¿Acaso no es tu esposa? Ve, hijo mío, ve... —Y, diciéndole esto, lo encaminó hacia la habitación nupcial.

Gerlando llamó a la puerta. Golpeó una primera vez, despacio. Esperó. Silencio. ¿Qué le diría? ¿Era preciso hablarle de tú, así, desde el principio? ¡Ah, maldito apuro! ¿Y por qué ella no contestaba? Tal vez no había entendido. Golpeó más fuerte. Esperó. Silencio.

Entonces, cohibido, intentó llamar en voz baja, como le había sugerido su madre. Pero le salió un Eleonora tan ridículo que, enseguida, como para borrarlo, llamó fuerte, firme:

—Eleonora.

Reconoció finalmente la voz de ella, que preguntaba desde detrás de otra puerta:

—¿Quién es?

—Yo —dijo—, yo Ger... Gerlando... Está listo.

—No puedo, —contestó ella—. Proceded sin mí.

Gerlando volvió a la sala, aliviado de un gran peso.

—¡No viene! ¡Dice que no viene! ¡No puede venir!

—¡Viva el animal! —exclamó el padre, que no lo llamaba de otro modo.

—¿Le has dicho que estaba todo en la mesa? ¿Y por qué no la has obligado a venir?

La madre se interpuso: hizo que su marido entendiera que sería mejor, quizás, dejar en paz a la esposa, aquel día. Los invitados estuvieron de acuerdo.

—La emoción... la incomodidad, ¡ya se sabe!

Pero el aparcero, que quería demostrarle a su nuera que, cuando era necesario, sabía atender sus obligaciones, se quedó enfurruñado y ordenó con poca gracia que la comida fuera servida.

Todos aquellos invitados deseaban los finos platos que llegarían a la mesa, pero también estaban seriamente consternados por todo lo superfluo que veían resplandecer sobre el mantel nuevo y que los deslumbraba: cuatro vasos de formas diferentes y tenedores y tenedorcitos, cuchillos y cuchillitos, y unas plumillas, además, envueltas en papel de seda.

Sentados bien lejos de la mesa, sudaban también por la ropa de fiesta, de pesado paño, y escudriñaban los rostros duros, quemados, alterados por la insólita limpieza; y no se atrevían a levantar las gruesas manos, deformadas por los trabajos en el campo, para coger aquellos tenedores de plata (¿el grande o el pequeño?) y aquellos



cuchillos, bajo la mirada de los camareros que, moviéndose con los platos en las manos, con aquellos guantes de punto blanco, infundían terror.

Mientras tanto, el aparcerero, comiendo, miraba a su hijo y sacudía la cabeza, con un rostro que expresaba una conmiseración irrisoria:

—¡Miradlo, miradlo! —refunfuñaba entre dientes—. ¿Qué papel desempeña ahí solo, sin pareja, a la cabeza de la mesa? ¿Cómo podrá la novia tener consideración por semejante simión? Tiene razón, tiene razón en avergonzarse de él. ¡Ah, si hubiera estado yo en su lugar!

Una vez terminada la comida, entre el malhumor general, los invitados, con una excusa u otra, se fueron. Ya casi era de noche.

—¿Y ahora? —le dijo el padre a Gerlando, cuando los dos camareros terminaron de quitar la mesa y todo en la villa volvió a la tranquilidad—. ¿Qué harás ahora? ¡Te las arreglarás tú solo!

Y le ordenó a su mujer que lo siguiera a la casa colonial donde habitaban, no muy lejos de la villa.

Una vez a solas, Gerlando miró a su alrededor, con el ceño fruncido, sin saber qué hacer.

Sintió, en el silencio, la presencia de aquella mujer que estaba encerrada al otro lado. Quizás, ahora mismo, no oyendo ruido alguno, saldría de la habitación. ¿Qué tendría que hacer él, entonces?

¡Ah, con qué ganas se hubiera escapado a la casa colonial, para dormir cerca de su madre! ¡O también fuera, al aire libre, debajo de un árbol, ojalá!

¿Y si ella, entre tanto, esperaba que la llamara? Si, resignada a la condena que el hermano le había infligido, se consideraba con poder sobre él, su marido, y esperaba que él la... sí, que la invitara a...

Aguzó el oído. Pero no: todo era silencio. Tal vez Eleonora ya se había dormido. Ya había oscurecido. La luz de la luna entraba en la sala por el balcón abierto.

Sin pensar en encender la lámpara, Gerlando cogió una silla y fue a sentarse al balcón, desde donde se contemplaban los alrededores en lo alto, el campo abierto hasta el mar, allí al fondo, lejos.

Las estrellas más luminosas resplandecían límpidas en la noche clara; la luna encendía sobre el mar una franja hirviente de plata;

desde los vastos llanos amarillos se levantaba trémulo el canto de los grillos, como un denso y continuo campanillar. De repente, un mochuelo, muy cerca, emitió un chillido lánguido, acongojado; a lo lejos otro le contestó, como un eco, y los dos siguieron durante un largo rato sollozando así, en la noche clara.

Gerlando, con un brazo apoyado en la barandilla del balcón, instintivamente, para sustraerse a la opresión de aquella agitada incertidumbre, prestó atención a aquellos dos chillidos que se contestaban en el silencio encantado por la luna; luego, divisando al fondo un trozo del muro que rodeaba toda la finca, pensó que ahora toda aquella tierra era suya; suyos los árboles: olivos, almendros, algarrobos, higueras, moreras; suyo aquel viñedo.

Su padre tenía mucha razón de estar contento, de ahora en adelante jamás estaría sujeto a nadie.

A la postre, no era tan estrambótica la idea de que continuara los estudios. Mejor allí, en la escuela, que aquí todo el día, en compañía de su esposa. Y se encargaría de poner en su lugar a aquellos compañeros que se habían reído a sus espaldas. Ahora era un señor y no le importaba si lo echaban de la escuela. Pero esto no ocurriría. Es más, se proponía estudiar, de ahora en adelante, con empeño, para poder un día, en breve, figurar entre los «caballeros» del pueblo, sin sentirse incómodo en presencia de ellos y hablar y tratar con ellos como un par. Le bastaban otros cuatro años de escuela para obtener el diploma del Instituto Técnico: y después sería perito agrónomo o contable. Entonces su cuñado, el señor abogado, que parecía haber echado a su hermana a los perros, tendría que quitarse el sombrero frente a él. Así sería. Y entonces él tendría todo el derecho a decirle: «¿Qué me has dado? ¿A mí, aquella vieja? ¡Yo tengo estudios, una profesión de señor y podría aspirar a una joven bella y rica, y de buena familia como ella!».

Pensando así, se durmió con la frente sobre el brazo apoyado en la barandilla.

Los dos chillidos seguían —uno cerca, el otro lejos— su alternado lamento voluptuoso; la noche clara parecía hacer temblar sobre la tierra su velo de luna, sonoro de grillos, y ahora llegaba desde lejos, como una oscura reprobación, el gorgoteo profundo del mar.

Avanzada la noche, Eleonora apareció como una sombra en el umbral del balcón.

No esperaba encontrar allí al joven, dormido. Sintió a la vez pena y temor. Se quedó un rato pensando en si le convenía despertarlo para decirle lo que había decidido y sacarlo de allí; pero, cuando casi estaba por sacudirlo, llamándolo por su nombre, sintió que el alma le fallaba y se retiró muy despacio, como una sombra, a la habitación de donde había salido.

#### IV

El acuerdo fue fácil.

Eleonora, a la mañana siguiente, habló maternalmente con Gerlando: lo dejó dueño de todo, libre de hacer lo que quisiera, como si entre ellos no existiera vínculo alguno. Para sí solamente pidió quedarse allí, apartada, junto con la vieja sirvienta de la casa que la había visto nacer.

De madrugada Gerlando se había ido del balcón, aterido por la humedad, para dormir en el sofá del comedor; sorprendido ahora al despertar, aún con ganas de frotarse los ojos, frunciendo el ceño por el esfuerzo de no abrir la boca —porque quería mostrar no tanto que entendía sino que estaba convencido—, dijo que sí a todo, sí, con la cabeza. Pero su padre y su madre, cuando se enteraron de aquel pacto, montaron en cólera y en vano Gerlando se esforzó para que entendieran que era lo que le convenía, que estaba más que contento.

Para calmar de alguna manera a su padre, tuvo que prometer formalmente que, a principios de octubre, volvería a la escuela. Por despecho, su madre le impuso que eligiera la habitación mejor para dormir, la mejor habitación para estudiar, la mejor habitación para comer... ¡Las mejores habitaciones!

—¡Y manda tú, a la baqueta, ya sabes! Si no, vengo yo para que te obedezcan y te respeten.

Juró finalmente que jamás le dirigiría la palabra a aquella melindrosa que despreciaba así a su hijo, a semejante joven, a quien ella no era digna ni de mirar.

Desde aquel mismo día, Gerlando se puso a estudiar, a retomar la preparación interrumpida para los exámenes de recuperación. En realidad, ya era tarde: apenas tenía veinticuatro horas por delante; pero, ¡quién sabe! Poniendo un poco de empeño, quizás conseguiría por fin aquel diploma técnico, que lo hacía torturarse desde hacía tres años.

Superado el asombro angustioso de los primeros días, Eleonora, bajo consejo de la anciana sirvienta, empezó a preparar la canastilla para el bebé.

No había pensado en ello y le dio por llorar.

Gesa, la vieja sirvienta, la ayudó, la guio en aquel trabajo en que era inexperta: le dio la medida para las primeras camisitas, para las primeras cofitas... ¡Ah, la suerte le reservaba este consuelo y ella todavía no había pensado en ello; tendría un pequeñín, una pequeñina que cuidar, a quien consagrarse totalmente! Pero Dios tenía que concederle la gracia de enviarle un niño. Ya era vieja, moriría pronto, ¿y cómo dejaría con aquel padre a una niña, a la cual ella transmitiría sus pensamientos, sus sentimientos? Un niño sufriría menos aquella situación vital, en la que en breve la mala suerte lo pondría.

Angustiada por estos pensamientos, cansada del trabajo, para distraerse cogía en las manos uno de aquellos libros que tiempo atrás se había hecho enviar por su hermano y se ponía a leer. De vez en cuando, señalando a Gerlando con la cabeza, le preguntaba a la sirvienta:

—¿Qué hace?

Gesa se encogía de hombros, apretaba los labios y luego contestaba:

—¡Uhm! Está con la cabeza en el libro. ¿Duerme? ¿Piensa? ¡Quién sabe!

Pensaba, Gerlando: pensaba que, en resumidas cuentas, su vida no era tan alegre.

Tenía una finca y era como si no la tuviera; una mujer y como si no la tuviera; estaba en guerra con sus parientes; enfadado consigo mismo, porque no conseguía retener nada, nada, nada de cuanto estudiaba.

Y entre tanto, en aquella ociosidad inquieta, sentía en su interior como un fermento de deseos agrios; entre otros, el de la mujer, por-

que se le había negado. Aquella mujer ya no era deseable, es verdad. Pero... ¿Qué pacto era aquel? Él era el marido y él tenía que decidir.

Se levantaba, salía de la habitación; pasaba por delante de la puerta de ella; pero enseguida, entreviéndola, desistía de cualquier propósito de rebelión. Resoplaba y, para no reconocer que en aquel momento no tenía el coraje necesario, se decía que no merecía la pena.

Uno de aquellos días, finalmente, volvió a casa vencido, suspendido: había suspendido una vez más los exámenes del diploma técnico. ¡Ya basta! ¡Basta de veras! ¡No quería saber nada más del tema! Cogió libros, cuadernos, dibujos, escuadras, estuches, lápices y los llevó abajo, delante de la villa, para quemarlos. Su padre acudió para impedirselo; pero Gerlando, enfurecido, se rebeló:

—¡Déjame! ¡El dueño soy yo!

Apareció la madre; llegaron también algunos campesinos que trabajaban en el campo. Una humareda al principio inconsistente, luego poco a poco más densa, emanó, entre los gritos de los presentes, de aquel montón de papeles; luego, un resplandor; después la llama crepitó y se levantó. Al oír los gritos, Eleonora y la sirvienta se asomaron al balcón.

Gerlando, amoratado e hinchado como un pavo, arrojaba al fuego, sin camisa y enfurecido, los últimos libros que tenía bajo el brazo, los instrumentos de su larga e inútil tortura.

Frente al espectáculo, Eleonora retuvo con dificultad la risa y se retiró con prisa del balcón. Pero la suegra se dio cuenta y le dijo al hijo:

—¿La señora disfruta, sabes? La haces reír.

—¡Llorará! —gritó entonces Gerlando, amenazador, levantando la cabeza hacia el balcón.

Eleonora entendió la amenaza y palideció; comprendió que la quietud cansada y triste que había disfrutado hasta el momento, terminaría. Nada más que un momento de tregua le había concedido la suerte. Pero, ¿qué podía querer aquel bruto de ella? Ya estaba exhausta: otro golpe, por leve que fuera, la enterraría.

Poco después, vio a Gerlando ante sí, fosco y ansioso.

—¡Desde hoy se cambia de vida! —le anunció—. Me he cansado. Haré de campesino, como mi padre; y tú dejarás de hacerte

la señora. ¡Fuera, fuera toda esta ropa fina! Quien nacerá, será campesino él también, sin tantos adornos ni tantas galas. Despide a la sirvienta: tú harás de comer y te encargarás de la casa, como hace mi madre. ¿Has entendido?

Eleonora se levantó, pálida, temblando de indignación:

—Tu madre es tu madre, —le dijo, mirándolo fieramente a los ojos—. Yo soy yo, y no puedo volverme villana como tú, villano.

—¡Eres mi mujer! —gritó entonces Gerlando, acercándose violento y agarrándola por un brazo—. Y harás lo que yo quiera. Aquí mando yo, ¿lo entiendes?

Luego se giró hacia la vieja sirvienta y le indicó la puerta:

—¡Fuera! ¡Que se vaya enseguida! ¡No quiero sirvientas en la casa!

—¡Me voy contigo, Gesa! —gritó Eleonora, intentando liberar el brazo que él tenía aún agarrado.

Pero Gerlando no lo soltó; se lo apretó más fuerte; la obligó a sentarse.

—¡No! ¡Aquí! ¡Tú te quedas aquí, atrapada, como yo! Por ti he sufrido las burlas: ¡Ahora basta! Ven, sal de tu escondite. No quiero seguir solo, llorando mi pena. ¡Fuera! ¡Fuera!

Y la empujó fuera de la habitación.

—¿Y qué ha sido lo que has llorado hasta ahora? —le dijo ella con lágrimas en los ojos—. ¿Qué he pretendido yo de ti?

—¿Qué has pretendido? ¡Que no te molestara, que no tuvieras contacto conmigo, casi como si yo fuera... como si no mereciera tu confianza, matrona! Y has hecho que una asalariada me sirviera en la mesa, mientras te tocaba a ti servirme, en todo y por todo, como hacen las mujeres.

—¿Qué harás conmigo? —le preguntó, envilecida, Eleonora—. Te serviré, si quieres, con mis propias manos, de ahora en adelante. ¿Está bien?

Al decir esto, estalló en sollozos; después sintió las piernas fallarle y se abandonó. Gerlando, perdido, confundido, la sostuvo junto con Gesa y entre los dos la sentaron con cuidado en una silla.

Al anochecer, imprevistamente, empezaron los dolores del parto. Gerlando, arrepentido y asustado, corrió a llamar a su madre: un

muchacho fue enviado a la ciudad a buscar una comadrona; mientras el aparcerero, que veía ya en peligro la finca si la nuera abortaba, maltrataba al hijo:

—Animal de bellota, ¿qué has hecho? ¿Y si se te muere, ahora? ¿Y si no vas a poder tener hijos? ¡Estarás en la calle! ¿Qué harás? Has dejado los estudios y no sabes manejar ni una zapa. ¡Estás arruinado!

—¿A ti qué te importa? —gritó Gerlando—. ¡Con tal de que a ella no le pase nada!

Llegó la madre, agitando los brazos:

—¡Un médico! ¡Necesitamos un médico de inmediato! ¡La veo muy mal!

—¿Qué le pasa? —preguntó Gerlando, sorprendido.

Pero su padre lo empujó afuera:

—¡Corre! ¡Corre!

Por el camino, Gerlando, temblando, perdió el ánimo y se puso a llorar, mientras se esforzaba no obstante en correr. A mitad del camino se encontró casualmente con la comadrona que volvía en carroza con el muchacho.

—¡Arrea a los caballos! ¡Arréalos! —gritó—. Voy a por el médico. ¡Eleonora se está muriendo!

Tropezó, se cayó; lleno de polvo, volvió a correr, desesperadamente, mordiéndose la mano que se había desollado.

Cuando volvió a la villa con el médico, Eleonora estaba a punto de morirse, desangrada.

—¡Asesino! ¡Asesino! —mascullaba Gesa, cuidando a su dueña—. Ha sido él. Se ha atrevido a ponerle las manos encima.

Pero Eleonora negaba con la cabeza. Sentía que poco a poco, con la sangre, perdía la vida, que las fuerzas, aflojándose poco a poco, disminuían; estaba tan fría... Ahora bien: no le dolía morir; era realmente tan dulce la muerte, un gran alivio, después de tantos sufrimientos atroces. Y, con el rostro como de cera, mirando al techo, esperaba a que los ojos se le cerraran solos, despacio, para siempre. Ya no distinguía nada. Como en sueños vio al viejo médico que le había hecho de testigo, y le sonrió.

Gerlando no se movió del lado de la cama, ni de día ni de noche, durante todo el tiempo que Eleonora yació allí entre la vida y la muerte.

Cuando, por fin, de la cama pasó a estar sentada en la silla, parecía otra mujer: diáfana, casi exangüe. Vio a Gerlando ante ella (él también parecía recién salido de una enfermedad mortal) y a los parientes alrededor. Los miraba con sus hermosos ojos negros, engrandecidos y dolidos en la delgadez pálida, y le parecía que ya ninguna relación existía entre ellos y ella, como si hubiese vuelto justo ahora, nueva y diferente, desde un lugar remoto, donde todo vínculo había sido roto, no solamente con ellos, sino con toda su vida anterior.

Respiraba con pena; a cada mínimo ruido el corazón le saltaba en el pecho y le latía con rapidez tumultuosa; un cansancio grave la oprimía.

Con la cabeza abandonada sobre el respaldo del sillón, los ojos cerrados, se arrepentía de no haber muerto. ¿Para qué estaba ahí? ¿Por qué todavía tenía que soportar la condena de ver rostros y cosas de las cuales ya se sentía tan, tan lejos? ¿Por qué soportar la cercanía de las apariencias opresoras y repugnantes de la vida pasada, cercanía que a veces le parecía aún más brusca, como si alguien la empujara desde atrás para obligarla a ver y a sentir la presencia, la realidad viva y moribunda de aquella vida odiosa, que ya no le pertenecía?

Creía firmemente que jamás se levantaría de aquel sillón; creía que de un momento a otro moriría de aflicción. Y no, al contrario; después de unos días pudo levantarse, dar, con ayuda, algún paso por la habitación; luego, con el tiempo, también pudo bajar la escalera e ir afuera, apoyada en los brazos de Gerlando y de la sirvienta. Finalmente adquirió la costumbre de ir al atardecer hasta el margen del terraplén que limitaba la finca a mediodía.

Allí se abría la vista magnífica de la playa bajo la meseta, hasta el mar al fondo. Los primeros días iba acompañada, normalmente, por Gerlando y por Gesa; luego, sin Gerlando; finalmente, sola.

Sentada en una roca, a la sombra de un olivo sarraceno, miraba toda la ribera lejana, que apenas se encorvaba, en forma de media luna, de leves senos, recortándose sobre el mar que cambiaba



según el soplar de los vientos; veía el sol, ora ahogarse lentamente como un disco de fuego entre las brumas húmedas, sedentes sobre el mar gris, a poniente; ora calar en triunfo sobre las olas inflamadas, entre la pompa maravillosa de nubes encendidas; veía brotar la luz líquida y calma de Júpiter, en el húmedo cielo crepuscular; veía la luna diáfana y leve avivarse apenas; bebía con los ojos la triste dulzura de la noche inminente y respiraba, beata, sintiendo el fresco y la quietud penetrar hasta el fondo del alma, como un consuelo sobrehumano.

Mientras tanto, en la casa colonial, el viejo aparcerero y su mujer volvían a conjurarse en contra de ella, instigando al hijo a garantizar su futuro.

—¿Por qué la dejas sola? —se preocupaba de decirle el padre—. ¿No te das cuenta de que ella, ahora, después de la enfermedad, te agradece el cariño que le has demostrado? No la dejes ni un momento, intenta entrar aún más en su corazón; y luego... luego consigue que la sirvienta ya no se acueste en la misma habitación que ella. Ahora está bien, ya no la necesita de noche.

Gerlando, irritado, se estremecía al oír esas sugerencias.

—¡Ni en sueños! Pero si a ella ni se le pasa por la cabeza que yo pueda... Pero ¿qué? Me trata como a un hijo... ¡Hay que oír los discursitos que me echa! Se siente ya vieja, pasada y acabada para este mundo.

—¿Vieja? —intervenía la madre—. Claro, ya no es una niña, pero tampoco es vieja; y tú...

—¡Te quitarán la tierra! —insistía el padre—. Ya te lo he dicho: estás arruinado, en la calle. Sin hijos, una vez muerta la mujer, la dote vuelve a los parientes de ella. Y tú no habrás ganado nada; habrás perdido la escuela y todo este tiempo, así, sin ninguna satisfacción... ¡Te quedarás con una mano detrás y otra delante! Piénsalo, piénsalo ahora: ya has perdido demasiado tiempo... ¿A qué esperas?

—Con buenas maneras —retomaba, cortés, la madre—. Tú debes actuar con buenas maneras, e incluso decírsele: «¿Ves? ¿Qué he obtenido yo de ti? Te he respetado, como tú has querido; pero ahora piensa un poco en mí: ¿cómo me quedaré yo? ¿Qué haré si tú me dejas así?». ¡Al fin y al cabo, Dios mío, no le estás pidiendo nada que no pueda hacer!

—Y puedes añadir —volvía a insistir el padre—, puedes añadir: «¿Quieres contentar a tu hermano, que te ha tratado así? ¿Hacer que él me eche de aquí, como a un perro?». ¡Ojo, que es la santa verdad! Como a un perro te echarán, a patadas, y a tu madre y a mí, pobres viejos, contigo.

Gerlando no contestaba. Los consejos de su madre casi le procuraban alivio, pero irritante, como cosquillas; las previsiones del padre le removían la bilis, lo encendían de ira. ¿Qué hacer? Veía la dificultad de la empresa, pero también su imperiosa necesidad. Había que intentarlo, de todas formas.

Eleonora, ahora, se sentaba a la mesa con él. Una noche, durante la cena, viéndolo con los ojos clavados en el mantel, le preguntó:

—¿No comes? ¿Qué te pasa?

Aunque él esperara esta pregunta desde hacía varios días, una pregunta provocada por su misma actitud, al momento no supo contestar como había decidido e hizo un gesto vago con la mano.

—¿Qué te pasa? —insistió Eleonora.

—Nada —contestó, incómodo, Gerlando—. Mi padre, como siempre...

—¿Otra vez con el tema de la escuela? —preguntó ella sonriendo, para empujarlo a hablar.

—No: peor —dijo él—. Me pone, me pone ante los ojos tantas sombras, me aflige con... con el tema de mi porvenir, porque él es viejo, dice, y me quedaría así, sin oficio ni beneficio: mientras que estés tú, bien; pero luego... luego, nada, dice...

—Dile a tu padre —contestó entonces, con gravedad, Eleonora, entornando los ojos, casi para no ver todo el rubor de él—, dile a tu padre que no se preocupe por eso. Me he encargado de todo, dile, y que esté tranquilo pues. Es más, ya que estamos teniendo esta conversación, escucha: si yo llegara a faltar de repente (somos de la vida y de la muerte) en el segundo cajón del cantarano, en mi habitación, encontrarás un sobre amarillo para ti.

—¿Una carta? —repitió Gerlando, sin saber qué decir, confundido por la vergüenza.

Eleonora asintió con la cabeza, y añadió:

—No pienses en ello.

Aliviado y contento, Gerlando, a la mañana siguiente, refirió a sus padres cuanto le había dicho Eleonora; pero ellos, especialmente su padre, no se quedaron para nada satisfechos.

—¿Carta? ¡Serán embrollos!

¿Qué podía ser aquella carta? El testamento: o sea, la donación de la finca al marido. ¿Y si no estaba escrita según las normas y con todos los formalismos? Era fácil sospechar, teniendo en cuenta que se trataba de la escritura privada de una mujer, sin la asistencia de un notario. Y además, ¿no había que tener en cuenta al cuñado, en el futuro, hombre de leyes, embrollón?

—¿Procesos, hijo mío? ¡Dios te salve y te libre de ellos! La justicia no es para los pobrecitos. Y tu cuñado, por rabia, sería capaz de hacerte creer que el blanco es negro y el negro es blanco.

Y además, ¿aquella carta, estaba realmente ahí, en el cajón del cantarano? ¿O Eleonora se lo había dicho para no ser molestada?

—¿Tú la has visto? No. ¿Y entonces? Pero, admitiendo que te la enseñe, ¿qué ganas tú con ello? ¿Qué ganamos nosotros? Mientras que con un hijo... No te dejes engañar: ¡escúchanos! ¡Carne! ¡Carne es lo que necesitas! ¿Qué carta ni qué diablos?

Así, un día, mientras estaba sentada a la sombra de aquel olivo en el terraplén, Eleonora se encontró de pronto con Gerlando a su lado, que había llegado furtivamente.

Estaba envuelta en un mantón negro. Tenía frío, aunque febrero fuese tan apacible que ya parecía primavera. La vasta playa, abajo, estaba verde de heno; el mar, al fondo, placidísimo, retenía junto con el cielo una tinta rosácea un poco desteñida, pero suavísima, y los campos a la sombra parecían esmaltados.

Cansada de mirar, en el silencio, aquella maravillosa armonía de colores, Eleonora había apoyado la cabeza en el tronco del olivo. Del mantón negro puesto sobre la cabeza se descubría solamente el rostro, que parecía aún más pálido.

—¿Qué haces? —le preguntó Gerlando—. Me recuerdas a una Virgen Dolorosa.

—Miraba... —le contestó ella, con un suspiro, entornando los ojos.

Pero él continuó:

—Si vieras qué... qué bien estás así, con este mantón negro...

—¿Bien? —dijo Eleonora, sonriendo tristemente—. ¡Tengo frío!

—No, digo, bien de... de... de apariencia —explicó él, balbuceando, y se sentó en el suelo al lado de la roca.

Eleonora, con la cabeza apoyada en el tronco, cerró los ojos, sonrió para no llorar, asaltada por el remordimiento de su juventud perdida tan míseramente. ¡A los dieciocho años, sí, había sido tan bella, pero tanto!

De pronto, mientras estaba así absorta, se sintió sacudir ligeramente.

—Dame una mano —le pidió él desde el suelo, mirándola con ojos brillantes.

Ella entendió, pero fingió no hacerlo.

—¿La mano? ¿Por qué? —le preguntó—. Yo no puedo levantarte: ya no tengo fuerzas ni para mí... Ya es de noche, vamos.

Y se levantó.

—No lo decía para levantarme —explicó de nuevo Gerlando desde el suelo—. Quedémonos aquí, en la oscuridad; es tan hermoso...

Al decir esto, fue rápido en abrazarle las rodillas, sonriendo nerviosamente con los labios secos.

—¡No! —gritó ella—. ¿Estás loco? ¡Déjame!

Para no caer se apoyó con los brazos en los hombros de él y lo empujó hacia atrás. Pero el mantón, con aquel gesto, se desenrolló y, estando ella encorvada encima de Gerlando arrodillado, lo envolvió, lo escondió dentro.

—¡No! ¡Te deseo! ¡Te deseo! —dijo él, entonces, como ebrio, apretándola más con un brazo, mientras con el otro le buscaba, más arriba, la cintura, envuelto en el olor de su cuerpo.

Pero Eleonora, con un esfuerzo supremo, consiguió liberarse; corrió hasta el borde del terraplén; se giró; gritó:

—¡Me tiro!

En este momento, cuando vio que Gerlando se abalanzaba sobre ella, violento, se dobló hacia atrás y se precipitó por el terraplén.

Él casi no se detuvo, pasmado, gritando, con los brazos levantados. Oyó el ruido terrible, abajo. Asomó la cabeza: un cúmulo de negras telas entre el verde de la playa de abajo. Y el mantón, que se había abierto al viento, iba a caer blandamente, así abierto, más allá.

Con las manos en el pelo, se giró hacia la casa campestre pero fue golpeado en los ojos por la amplia cara pálida de la Luna, surgida apenas de la espesura de los olivos; y se quedó aterrado mirándola, como si ella, desde el cielo, lo hubiera visto todo, y lo acusara.